

MEMORIAS DEL VIEJO TRAPILLO

Autor: Ramón Faro Cajal

CAPITULO I *A MODO DE INTRODUCCIÓN*

Higinio Zardoya Tardón era huérfano. Era ese ser que a veces nos encontramos en la vida y que transpira orfandad por todas partes. Tenía tipo de huérfano, cara de huérfano y sobre todo mirada de huérfano. Cuando se cruzaba con alguien por la calle, la gente comentaba "mira un huérfano".

Higinio había vivido muy tranquilamente sus primeros 16 años. Su padre, teniente de Intendencia de la escala auxiliar, desde sus tiempos de sargento había desarrollado sus funciones en el Grupo Regional número 1 de Madrid, antigua Agrupación Divisionaria de Intendencia y más concretamente en la panadería.

Higinio aquella mañana había salido más o menos contento al instituto llevando las matemáticas más que flojillas en espera de su examen de reválida de sexto, para acabar con su bachiller.

En pleno examen el catedrático, con cara de circunspecto, le dijo que se fuera para casa que había ocurrido una desgracia.

Su padre murió en el camión que llevaba el pan del grupo a los distintos cuarteles.

Con el accidente, Higinio cambió.

En el instituto, aunque el examen fue un desastre, le aprobaron el bachiller y a nivel oficial a su padre no le dieron la muerte en acto de servicio, pues el que fuera en el camión fue debido a que aprovechó que el vehículo pasaba cerca del Ayuntamiento, donde debía de ir a resolver asuntos personales.

A Higinio se le quedó el porte triste, del hombre que ha sufrido una desgracia y que cuando hablas con él por primera vez, en la frase de inicio de conversación, te suelta a modo de excusa "es que soy huérfano".

Son esos tíos que, en mitad de una frase, es como si tuvieran un flash retrospectivo y pasan de una expresión afable y risueña a ponérsele unos ojos de carnero y la boca arqueada hacia abajo. Lo dicho, ponen cara de huérfano.

De este ser anodino, triste, espeso, aburrido y mortalmente negativo no vamos a hablar, vamos a relatar su segunda transformación, vamos a partir del momento de su vida en el que se entera que ser huérfano no es una desgracia ¡ES UN DELITO! y que a su madre no se le llama mamá, se le llama

"la viuda".

De que aparte de apellidarse Zardoya Tardón, también se apellida piedra pero... ¡ASI DE GORDA!

De que Ramón Angulo aunque también se apellida piedra, no es familiar suyo.

De que a partir de un momento de su vida habrá de compartir los cigarrillos con otras bocas sedientas de humo y que una colilla es una "pava" respetabilísima, que en su momento será la envidia de alguien.

De que las señoras se visten con cualquier trapito y tú con un "trapillo".

De que un "virus" no es un bicho pequeño.

De que te van a dar un número para toda la vida y de que el siete dieciséis no ingresó aunque tenía enchufe.

De que el "aspirino" es un ser que cuando te ataca llamándote huérfano, has de contestarle "para la mierda de padres que tienen algunos...".

De que la quiniela que va a rellenar no tiene premio, ni catorce resultados.

De que hay un "papel para el pecho" y este último no coincide con la anatomía que él conoce.

Así, poco a poco, a base de pequeños cuentecillos, anécdotas y demás vicisitudes, haremos de este Zardoya "Piedra" su transformación de ese personaje que abandonamos al principio de estas líneas y haremos que se convierta en ese individuo que no necesita de descripciones ni de definición, pues la misma palabra denota un ser de unas características tales que muy bien puede aparecer en la historia como el descubridor de la máquina de pelar langostinos o el hombre que terminó con el hambre de los "matongos" porque montó una fábrica de "papel para el pecho", o también puede ser que terminase como representante de los presos de Carabanchel. En fin, un hombre llamado a ser líder. Y como resumen ese hombre se va a transformar de huérfano a ¡PINFANO!

¡Dios mío! solo de escribir la palabra un escalofrío me ha recorrido la espalda.

¿Qué es un pínfano?, casi nada. Pínfano soy yo.

Cuando la Real Academia de la Lengua determine, por fin, la definición de pínfano, creo que dirá algo así:

Pínfano: Animal mamífero y vertebrado, de la familia de los huérfanos, que con la transformación en el CHOE (fórmula secretísima) se le dota de superpoderes, como el de oler un duro a distancia, aprovechamiento de desechos, visión nocturna y supervivencia suma. Su hábitat lo resume la frase "en donde menos piensas que hubo nada... ya allí un pínfano se fumó una

pava".

Estudios de la NASA han determinado que después del holocausto nuclear de los pocos que quedarían con vida sobre la Tierra serían las cucarachas, algún chino (es imposible matarlos a todos) algún gallego (están en todos los sitios) y una gran parte de pínfanos.

Estos últimos están dotados de una capa exterior en la piel muy poco permeable y resistente a las radiaciones que se fue creando gracias al "jabón Lagarto" que utilizaban en la ducha semanal.

Su aparato digestivo es a prueba de neutrones y capaz de digerir cemento armado (y si no, qué era aquello que le llamaban arroz con leche...), o someterse a dietas escasas y prolongadas (de eso si que sabemos un rato largo). Su capacidad de aguantar sin moverse hasta pasados los efectos nucleares es ilimitada. El pínfano lo aguantaría estoicamente, no en vano ha sido capaz de estar seis horas de cualquier examen de sábado sentado en una silla, sin tener ni idea de lo que tenía delante y pegándose una "pensada" capaz de recorrer los más extraños vericuetos que dejarían chica la imaginación de Julio Verne.

Si a todo esto le ponemos su protección auxiliar de un "trapillo" usado, con sus correspondientes capas de tiza, sudor, grasilla y polvo, tenemos al pínfano poco menos que inmortal. Prototipo de protección de la guerra ABQ (Atómica, Bacteriológica, y Química. Esto lo aclaro para los que no ingresaron... ¡pobrecillos) y modelo de supervivencia.

De todas formas, la historia nos demuestra que en todas las grandes obras o hechos de la humanidad hubo un pínfano.

En la cuevas de Altamira he visto dibujado a un hombre que ha matado a un mamut. Debajo tiene apuntado un número ¿qué ha de ser más que el número del CHOE?

De Heráclito "el carabanchelero" dice la Historia que se vestía solo con harapos y que se lavaba una vez al mes ¿qué prueba más fehaciente de su condición?

César al cruzar el Rubicón dijo: "Vini, vidi, vinchi.", que traducido dice:

"El vino emborracha a veces". ¿A quién se le puede ocurrir tamaña reflexión que no sea a un pínfano de pro?

Volviendo a nuestro Zardoya y a modo de introducción, lo situamos en la puerta del colegio de Santa Bárbara, dispuesto a vivir intensamente su metamorfosis y haciendo válida esa frase maravillosa del himno de la Legión que parece escrita por un pínfano:

"... cada uno será lo que quiera
nada importa su vida anterior..."

Higinio Zardoya Tardón nº 1232 primer dormitorio cuarta sección. Quizás durante las historietas alguien se vea reflejado en ellas y piense en la casualidad. Ha de saber que han sido pensadas, reflexionadas y transcritas de forma directa y totalmente intencionadas para máximo regocijo del lector.

O sea, que cualquier parecido con la realidad es totalmente coincidente y a los personajes ni se les ha cambiado el nombre, ni el mote, ni el número...

¡Faltaría más!

¡Ah! Reclamaciones al maestro armero.

CAPITULO II

EL ZUPO

Por fin lo iba a conocer. Todas mis visiones, todas las formas imaginables que mi mente había formado al escuchar a los demás, se iban a fundir en una figura y en una voz. Yo, Higinio Zardoya Tardón dentro de unos momentos, iba a conocer al Zupo.

Al entrar en el colegio con mi maleta, más que cargado, e ir acercándome al edificio atravesando la pequeña explanada que hay delante, la puerta del edificio, pequeña desde lejos con sus tres escalones y franqueada por dos bolas de piedra de dudosa belleza, se me antojó una boca enorme que me iba a comer. Era como si fuese una aspiradora que me atrajera hacia sus entrañas. Me dio la impresión de estar hipnotizado y caminar hacia un mundo desconocido; sabía o intuía que siempre a partir de traspasar aquella puerta habría un antes y un después.

El tiempo me dio la razón ¡y de qué manera!

Allí estaba yo preparado a traspasar aquella puerta cuando de repente y como salido de la nada apareció lo que por un momento creí que era San Antonio. Alto, con esa franja de pelo que monta sus orejas y recorre el cogote dejando la parte alta del cráneo como una bola de billar.

¡Gracias Dios mío! murmuré. En estos momentos de angustia me mandas a uno de tus santos a confortarme.

Una voz sonó alta y grave y la verdad que un poco desagradable: " ¿Ha visto ya al "senor director"?".

La visión de San Antonio desapareció para encontrarme con la cruda realidad ¡EL CALVO!

De pie, con la maleta descansando a mi lado y tras la puerta de cristales esperaba que el Zupo ("el senor director") me hablara.

Había escuchado tantas historias tuyas que casi lo que veía era la realidad de lo que me había imaginado.

Me habían contado que en cierta ocasión al "Teco Teco", un pínfano de hacía años, el 1109, que había tenido un hermano antes que él, el Zupo, le preguntó si iba a ser mejor que su antecesor, que había sido un trasto. El Teco Teco, por echarle un piropo a su hermano, le dijo al Zupo que él era el peor de los dos, que su hermano era más inteligente, más buena persona, etc.

Conforme hablaba, la cara del Zupo se fue congestionando de ira y de rabia y explotó gritando lo que se conocía como la parábola del Zupo y sus palabras "bíblicas":

- "¡Cabrón cabronazo coge tu maleta y vete!".

La verdad es que suena algo así como "coge tu camilla y anda...".

En otra ocasión contaban de Faro, el once treinta y dos, o sea mi padre, que era jefe de clase de la cuarta, que fue a pedirle al Zupo la baja de su jefatura por no sé qué problemas. Mi padre media uno ochenta, era deportista y además de ser maño ejercía de tal.

Cuando expuso sus penas al coronel, éste le respondió:

- "Mira maricón de playa (insulto que nunca supo por qué) te he puesto jefe de clase no por lo listo que eres sino porque eres más bruto que los demás y así me mantienes el orden".

Mientras chillaba un angelote de bronce que hacía las veces de pisapapeles salió proyectado en la dirección de su cabeza.

La verdad es que como tal maño podía haberla rematado de cabeza pero prefirió la esquivar y la huida.

Se cuenta que mi padre ahora, cada vez que ve una imagen sacra con angelotes, pone cara de perro y adopta una posición de "en guardia" aduciendo, que esos bichos son kamikazes que tienen como objetivo su cabeza.

Pues bien, haciendo antedespacho en el pasillo esperaba ser recibido por ese ser.

Salió "el Calvo", me dijo que pasara y allí estaba ÉL. Detrás de la mesa con la mirada baja escribiendo no sé qué en un papel sobre la mesa.

Como seguía escribiendo tuve unos momentos para desde mi posición de firmes, echarle una prolongada mirada.

Tendría pasados los sesenta, bajito, muy bajito. Sentado como estaba en la punta del sillón llegaba escasamente con los pies a tocar el suelo. Los bracitos eran cortitos, las manos pequeñas y regordetas, casi calvo, con unos pelos blancos peinados hacia atrás, gafas oscuras y graduadas y pienso que no muy bien, pues para escribir lo que estaba escribiendo se acercaba en

demasiá al papel.

Intenté imaginarlo vestido de uniforme, ya que era coronel, y la visión que se me formó fue horrible. Su uniforme era negro, llevaba botas de montar, pistola al cinto, fusta, monóculo y en el cuello de la guerrera aparecieron dos eses rasgadas como rayos y una calavera. Yo no me llamaba Higinio, me llamaba Samuel y a su derecha tumbado en el suelo enseñándome los dientes apareció un dóberman que tenía la cara del "San Antonio" que acababa de conocer.

De repente todo se esfumó pues un sonido terrible como el tragar de un sumidero, bajo y sin apenas expresión se escuchó:

- "¿Como te llamas?"

A partir de ese momento supe que la angustia se resume en cuatro palabras:

- "Te llama el Zupo"

Actualmente cuando me entero de que un compañero de CHOE tiene estreñimiento lo llamo por teléfono y después de los saludos de cortesía le digo las cuatro palabras mágicas "te llama el Zupo". El efecto es inmediato.

Abandona el aparato y una colitis galopante alivia su mal anterior.

A veces es peor el remedio...

Entré en el dormitorio, enorme, grande, lleno de literas y de taquillas de madera pegadas a la pared.

Pululaban por todas partes entes vestidos de verde-gris-plomizo que me miraban y sonreían. Tomé posesión de mi taquilla y fui colocando mis pertenencias. Dejé encima de mi litera un paquete con rosquillas, última dádiva de mi madre, con la recomendación de tomármelas en el desayuno poco a poco. Calculo que fueron 5 segundos los que dejé de posar mi mirada sobre el paquete y como por arte divino, el paquete había desaparecido y 20 bocas masticaban disimuladamente.

Chillé fuertemente.

- ¿Quién ha robado mis rosquillas?

Del grupo de observadores se levantó un cíclope que luego me enteré de que era el 1049, un tal Ansedes Mouronte que me espetó con un acento gallego más que acentuado.

- Mira rapaz, aquí nadie roba, aquí a las cosas se le ponen ruedas y desaparecen.

Mi cara debía ser de un idiota subido.

¿Qué a las cosas se les ponían ruedas? Yo me imaginaba a las rosquillas

con ruedas y la idea me resultaba incongruente.

Afortunadamente aprendí pronto.

Hace poco llevé mi coche al mecánico diciéndole que me lo pusiera en condiciones. En un momento me dijo.

- ¡Le pondré ruedas!

Salté al volante y salí echando humo dejando al mecánico con cara de besugo al tiempo que yo le chillaba.

-¡Es viejo pero hace falta muchas narices para ponerle ruedas a algo de un pínfano!

CAPITULO III

EL TRAPILLO

Todavía no había salido de un sobresalto que me metían en otro. "¡Al almacén a por el trapillo!" chilló alguien.

El trapillo. ¿Qué era el trapillo? La primera vez que escuché la palabreja se me antojaba que me iban a dar un trocito de tela así de pequeño y además sucio, con el cual escasamente iba a tapar mis vergüenzas.

Me imaginé al Ángel que expulsó a Adán y Eva del Paraíso chillándoles:

- "Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente y taparos guarros... tomad un trapillo".

Trapillo, para aquel que ha pasado por el CHOE, qué cantidad de imágenes le vienen a la mente. Cuando se cree el Diccionario Pínfano dirá algo así:

Trapillo: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de un color indeterminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Prenda muy útil de todo tiempo especialmente con lluvia, pues gracias a la capilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.

Sirve a la vez de prenda de deporte y para estar por casa, así como de pequeño almacén de "pavas" y de "papel pal pecho".

Como prenda militar al usuario que lo porta en la oscuridad lo hace invisible aunque fácilmente detectable al olor.

Solo se adquiere con todas sus propiedades en establecimientos especializados del ramo.

Me recuerdo saliendo del almacén con mis calcetines de lana y mis

sandalias, mi camisa que picaba como un demonio, una camiseta y unos calzoncillos marcados con mi número en rojo que daban la apariencia de estar en una cárcel.

Por encima de todo como la guinda de un pastel, el trapillo.

Hace poco, me invitaron a la boda de la hija de un antiguo pínfano. Al preguntar cómo debía ir vestido, pues había varios actos, me dijeron: "A la iglesia con corbata, pero al vino que hay antes de trapillo."

Estaba totalmente claro. Siempre surgen cosas como estas e incluso otras más o menos solemnes como la de acudir a la reunión y comida que se celebra en el CHOE. todos los años, quisiera tener mi trapillo y volverlo a vestir aun a costa de algunas lágrimas propias y ajenas.

El trapillo, todo un símbolo.

Isabel la Católica dijo que no se cambiaría de camisa hasta la toma de Granada. Los Templarios dijeron otro tanto hasta no recuperar los Santos Lugares. Los Pínfanos no se quitaban el trapillo hasta ingresar en la A.G.M. aunque sinceramente creo que, a diferencia de Isabel o los Templarios que tendrían otras prendas, el Pínfano adolece de otras propiedades que no sean del Estado.

Cuando en Zaragoza nos examinábamos, nos sacudían un traje azul con camisa blanca, corbata negra y en las solapas de la chaqueta llevábamos dos óvalos con el escudo del Ejército. En otro tiempo se llevó gorra de plato blanca.

Al preguntar el porqué de aquello se me dijo que era para distinguirlos de los demás y que los "protos" nos tuvieran más consideración e incluso podía llegar el caso de echarnos una mano.

¡Que falta de asesores de imagen!

Dónde va a parar el efecto que puede producir en mitad de un aula de exámenes un individuo que, rodeado de señores con traje, viste con calcetines de lana, una sandalias gastadísimas, que saca de su bolsillo ¡no un paquete de cigarrillos! sino varias pavas, que devora su bocadillo y pide dos más, todo esto dentro del cuadro inmejorable de su trapillo sudado, raído y descolorado.

Qué proto no se hubiese conmovido al ver a ese ser desconsolado y desvalido huérfano. De ver esa imagen y pasarle el resultado de los exámenes solo había un paso.

¡Pero no!. Limpios, peinados y con traje azul.

Volviendo de la A.G.M. de un examen y ataviado con el vestuario azul descrito, me encontré con un amigo de la infancia que después de unos saludos afectuosos me dijo qué hacía yo. Me puse en su lugar y me vi de aquella guisa y para evitarme explicaciones le dije: "Trabajo en correos y reparto telegramas".

Ni una sombra de duda atravesó su frente, mi uniforme era la fiel estampa de lo que acababa de decir.

¡Ah, qué otra historia podría haber contado de ir con mi trapillo! Licenciado de la guerra de Vietnam, superviviente de Ausvich y Dachau, agente secreto disfrazado de pobre, tranviario en paro, desactivador de minas, explosivos y cohetería en general, mamporrero en huelga de hambre...

El que no ha vestido un trapillo no sabe lo que es sumergirse en el laberinto de la impronta magnitud y del ser como ente pensante (ruego no me preguntéis que significa esta frase).

Como frase histórica me remito a la famosa que pronunció César al entrar en el Senado y ver a Bruto sin la corona de laurel en la cabeza. "¿Tú también de trapillo... hijo mío?". De lo cual se deduce que él tampoco llevaba la corona.

Esta frase le debió de cabrear pues acordaros de lo que pasó después.

Bueno, pues heme aquí revestido con el trapillo. Había vestido la prenda que ya jamás abandonaría mi existencia. Decían de los templarios, que cuando les ponían la cruz sobre la capa, dejaban de ser lo que eran y sufrían una transformación. El trapillo ofrecía a su portor el éxtasis, no de ser otra persona, era la de ser muchas más pero bajo el mismo título. PINFANO.

"Viejo trapillo mi mejor compañero..."

Una verdad como una catedral de grande.

"... pronto presiento que te voy a dejar..."

Ni de coña. Vestirás trapillo toda tu vida, pensarás en él más que a menudo, hablarás de él, te sentirás seguro pensando que lo llevaste, sentirás un especial afecto a los que te digan que lo llevaron y muchas veces sentirás, con lágrimas en los ojos, que pese a todo, los años que lo llevaste son quizá los momentos de tu vida que te han hecho ser como eres actualmente.

CAPITULO IV ***INSPECTORES***

Antes de que Higinio se incorporase al colegio "su viuda" recibió en su casa una carta con muchos panfletillos y uno de ellos rezaba así, transcribo:

"Normas a las que han de ajustarse los alumnos que en régimen de internado (preparación militar) y de residencia internado (carreras civiles) quieran disfrutar de los beneficios en el colegio de Carabanchel Alto..."

En su apartado II punto F dice:

"Comportamiento con los inspectores (todos los alumnos):

Todo alumno ha de ver en el inspector no solo a la persona que vigila su comportamiento, sino que, por su experiencia y edad, trata de guiarle y ayudarlo en todo instante, de aquí que ha de merecerles el inspector el mayor respeto y consideración y que de no cumplirlo, se verá sometido a la sanción correspondiente."

A la vista de esta lectura Higinio supuso que al entrar al colegio vería por los pasillos a unos seres, mayores eso sí, pero con un aspecto angelical que en todo momento con una voz acariciadora, suave y tremendamente paternal le dirían "qué te pasa hijo...".

Tal parecía así que para proteger a aquellos seres, idílicos, que merecían, según reza el apartado II punto F, el mayor respeto y consideración, se castigaba al infractor con ser sometido a la sanción correspondiente.

Si antes de pinfanear alguien me hubiese dado la lista de sanciones puede que fuese algo así:

No podrá ausentarse del colegio durante la semana, excepto la tarde del domingo.

Será suspendido de duchas de agua caliente hasta el sábado.

Como correctivo se levantará a las 7 de la mañana y estará sin probar bocado al menos hora y media durante un tiempo.

Se le restringirán las cuartillas a tres diarias (si estuviese en la sección primera o segunda se aumentan a cuatro) y en ellas se le obligará a hacer todos los deberes.

Solo podrá cambiarse una vez a la semana. Si la sanción es en invierno se le obligará a llevar sandalias.

Será racionado en la comida, condenado a no saciarse nunca y tener cierto gusanillo siempre en el estómago.

La lista podría ser larguísima, pero si sólo hubiese estos puntos, la impresión de las sanciones hubiese sido más que terrible.

Total que Higinio que siempre esperó que el primer inspector le acariciase el oído con el nombrado "qué pasa hijo", muy por el contrario sonó la trompeta del juicio final con aquél.

- ¡A visto al señor director!

"El Calvo", San Antonio, Domanguez, el motorista y algún que otro mote aludiendo al oficio de su madre (por otra parte sin confirmar) aludían a un personaje tremendamente curioso.

De él se contaba que había sido guardia civil motorizado (en moto) de la escolta de Franco, y que le fue entregado como premio la jefatura de inspectores de este colegio. Que había sido legionario, era otra versión y que

incluso el padre Cuevas sabía su historia pero que jamás soltó prenda. Que...

Lo que si era cierto es que era gallego y que ejercía. Era famosa su frase:

- "Senores, voy a tener que hablar con el señor director y os va a poner una sanción".

Anda que no pasé tiempo aguzando el ingenio y el oído hasta que descubrí que lo que quería decir era "sanción".

Era tremenda la facilidad que tenía para cambiar apellidos y nombre. Furelos Mogo durante su permanencia en este centro no consiguió un Furelos como Dios manda pese a ser gallego dicho apellido, hubo de conformarse con un "¡Senor Forelos!".

El bueno de Higinio Zarzoya Tardón ¡piedra! se tiró 6 meses detrás de el "Calvo" diciéndolo que no soy señor Zarzioya, soy Zarzoya, y Domanguez en un gesto de ingenio y de reflejos empezó a llamarle señor Hilginio para desespero de la pobre víctima.

En el colmo del paroxismo y para orillar a tamaño personaje diremos de él que cuando se presentaba decía soy el señor "Domanguez" con lo cual queda reforzada la idea de que o es que oía mal o tenía un defecto en la boca aunque para mí el defectillo lo escondía un poco más arriba, detrás de la frente.

Durante una Semana Santa y para ayudar a otros inspectores apareció por el colegio un ser tremendamente español. Pequeño, moreno y con mala leche. Como su aparición fue en fechas tan señaladas y venía a ayudar, el mote casi fue una consecuencia " el Cirineo".

Hoy en día, si quiero llamar la atención a alguien para que se ponga alerta me sale la frase "¡keo, keo, que viene el Cirineo!", con el correspondiente mosqueo de la persona aludida que mirándome con ojos inquisitivos, cejas interrogantes y boca torcida dice ineludiblemente "¿QUÉ... ?".

Estando en la cuarta sección en pleno mes de Febrero con un ambientillo de humo, sudor, calorcillo humano y olor a hogar, asomó las narices el Cirineo y en una demostración de pulcritud nos abrió las ventanas. Alguien murmuró "¡Vaya!, ahora se nos va el tigre...". El Cirineo en un alarde de conocimiento del argot replicó: "Ya sé que me llamáis "el Tigre" y no pienso irme de este colegio." Y con paso firme hinchado el pecho salió de la sección.

La verdad es que no sé la primera vez que lo vi ni dónde pero figura, no muy alta, poco cuello con la cabeza metida entre los hombros, incipiente tripilla, con las manos cogidas debajo de la misma siempre con chaqueta y corbata, con más miedo al Director que nosotros mismos. con más miedo a nosotros que el Sr. Director, con sus acciones de buena persona, y por supuesto su voz. Una voz chillona, aguda y bastante desagradable que hacían que su mote le fuera como anillo al dedo " El Mariachi". Su voz era lo mismito que el grito que dan los mejicanos cuando cantan rancheras.

En cierta ocasión al ir por el pasillo tropecé con él y por hacer una payasada hice como que rebotaba e incluso me tiré al suelo dando una voltereta y quedándome quieto como desmayado. Como siempre iba con Balmori con el cual, no es que haya convivido día a día, es que creo que pensamos con el mismo cerebro (lo cual no es hacernos ningún favor al decirlo), como decía Balmori montó el número de que me había desmayado, de que me había matado, etc., etc.

Por un momento pensé que la ambulancia había entrado por el pasillo y venía a buscarme con la sirena puesta, pero no, era la voz del mariachi que pedía ayuda a gritos pensando que me había hecho daño de verdad.

Punto y aparte merece el Sr. Herrero.

Culto, impecable, afable, diciéndote siempre las cosas razonablemente y sin chillar, siempre de parte del huérfano frente a los demás inspectores y llamándote la atención a espaldas de aquellos si no tenías razón. Quizás la imagen que más se me ha quedado en la retina es la de él mirándome a través de los cristales de la puerta de la sección y haciéndome gestos avisando que el Coronel estaba en el pasillo.

Parece ser que tuvo un cargo de responsabilidad en un buque mercante, y de esta vivencia le venían los conocimientos de geografía que a nosotros nos dejaba con la boca abierta.

En resumen que si alguien daba la talla y se ceñía a lo que decía el reglamento del colegio de lo que tenía que ser un inspector, ese era el Sr. Herrero.

En fin sirvan estas líneas de recuerdo a aquellos personajes que nos llamaban al toque de diana , no nos dejaban fumar en los váteres, nos daban las hojas y las cuartillas para hacer los ejercicios, vigilaban nuestras comidas y nuestros estudios, abrían puertas y cerraban la cocina y velaban por que se cumplieran los horarios.

La verdad es que si no fuera por ellos de que íbamos a hablar ahora... de todas formas "gracias por todo".

CAPITULO V **LA DUCHA**

El telediario daba las noticias de las importantes movilizaciones de trabajadores en los astilleros de fuera de nuestro país. La sociedad se inquietaba de la tirantez entre Occidente y el telón de acero, el Banco Internacional miraba con preocupación el estado económico del mundo... y en el colegio de huérfanos a Higinio lo que era su máxima preocupación, su mundo, su tragedia, era simplemente que su trocito de jabón Lagarto se

acababa. Hoy a la hora de la ducha en aquel sábado de fin de mes se imponía el ahorro.

Era lo que le faltaba. Llevaba casi 15 días de un humor de perros y en el centro de su frente, entre las dos cejas, una V permanente le daba una expresión de mal café impresionante.

Se pegaba unas pensadas terribles, se separó de los amigos en los recreos y en los estudios por más de tres veces "el Lobo" dijo que lo iba a mandar "al Cotelengo" y "el Katanga" dijo: "Evidentemente usted no me estudia y esto es un pitote que evidentemente tiene que solucionar". (La frase, como es natural, la remarcó con unos golpes de la uña del dedo gordo de la mano derecha contra la pizarra. Tenía la uña ligeramente deformada y nunca supe si se la había deformado por los golpes que de continuo daba con ella o por el contrario esperaba que con ellos se le corrigiera.) Verdaderamente la cosa era evidente, pero lo cierto es que Higinio rumiaba algo.

Había momentos que estaba mucho peor, que era a la vuelta del váter y a la hora de levantarse. Para colmo allí estaba con su toalla al cinto preparado para bajar a las duchas y con su trocito de Lagarto. Debía de haberse pasado en higiene aquel mes, pues de manera normal la mitad de tajo de Lagarto que le daban a principios de mes valía para 30 días.

Hace menos de tres meses, Higinio ya casado y con tres hijos, dio una vuelta turística por Europa y al llegar a Munich y ver las dos cúpulas de estilo bizantino de su catedral se quedó de piedra mirándolas boquiabierto. Lo que le llamó la atención no fue el estilo de la construcción ni sus perfiles, ni sus formas. Fue su color. Eran de ese color entre verde y carne de membrillo que le hizo preguntar al guía: "¿Están hechas de jabón Lagarto... ?".

El pobre estudiante de la escuela de turismo en prácticas, que sólo conocía el Heno de Pravia como jabón histórico, le miró con ojos inexpresivos al tiempo que observaba como la mujer de su interlocutor le hundía el codo en su costado y los hijos de ambos le miraban con ira, asombro y bochorno.

Higinio inició un "Es que me acuerdo de..." pero hizo un mutis. Que le importaba a los demás. Que si verdaderamente fuesen de jabón Lagarto la cantidad de pínfanos que se podrían duchar. Verdaderamente qué sabrían ellos de lo que estaba pensando. Se alejaron del lugar pero Higinio de vez en cuando se volvía, miraba, sonreía, y decía para sí... "son de jabón de Lagarto".

Volvamos años atrás con Higinio, su trocito de Lagarto y su cabreo.

Del dormitorio a las duchas había un trozo y hacia frío. La piel del pínfano estaba ya tan en íntima comunión con su trapillo que le había traspasado parte de sus propiedades, por lo que el frío era mera anécdota. Higinio esperó su turno y ¡hala! al desmugre.

Primero un primer contacto con aquella cascada de agua caliente que

hacía rememorar la sensación de una de las muchas comodidades de la casa familiar, de la cual adolecía el colegio.

Higinio se dejó llevar, el agua le caía por la cabeza y le resbalaba por todo su cuerpo. Aquello era relajante, era maravilloso, era lascivo, era... ¡Dios mío!. Cuando Higinio se dio cuenta quiso chillar, quiso salir de la ducha en pelotas y gritarle a todo el mundo que los viera:

- "¡Ves, no soy impotente!"

Llevaba dos semanas que no había notado nada, ni el más leve cosquilleo había surgido de su entrepierna. Se levantaba con la terrible sensación de ser un anciano. ¿Dónde estaban aquellas erecciones maravillosas de sus pocos años?

Lo había intentado todo delante del aquel Play-boy manoseado y ajado que corría por el oscuro mundo del mercado negro choetano.

Se acabaron los malos modos, las cejas arqueadas y su mal humor. Aquella erección maravillosa lo volvía al mundo de los vivos y que ¡vivos!

Volvió al dormitorio con un bulto más que sospechoso debajo de la toalla que hizo volver la cabeza a la Irene, que estaba limpiando las escaleras.

Con qué alegría hizo su quiniela.

Calzocillos: 2

Camisetas: 1

Calcetines: 2

Pañuelos: 2

El examen de la tarde podía esperar a un Higinio, despierto, inteligente y ágil mentalmente. Y mañana domingo cuando tocan marcha ¡que temblara Madrid! No habría metro ni autobús, ni fila de cine que la moza de turno no sufriera a Higinio, el más rápido en poner rabos a falta de otro consuelo sexual.

Cuando hoy en día Higinio le pregunta a su mujer qué hay para comer y le anuncia "rabo de buey" no puede aguantar una carcajada, y cuando le interrogan siempre contesta... "cosas más..."

CAPITULO VI

PAPEL PARA EL PECHO

Higinio ya por la mañana sintió frío en el vientre y aquello no representaba nada nuevo.

Hoy le tocaba salir en física y en geometría y como también los problemas a entregar eran de aúpa, había puesto la toalla atada al pie de cama que era

la contraseña para aquel ser tremendamente extraño, que era el sereno. Armado de su tranca recorría entre las 5 y las 6 de la mañana los dormitorios y cuando veía la señal te agitaba o te pinchaba con el garrote y cuando abrías los ojos te dirigía un sonido gutural, inexpresivo que todos suponíamos que sería un buenos días o vaya usted a saber. Lo cierto es que él diría lo mismo del primer sonido que salía de nuestra garganta dormida.

Higinio la verdad es que se encontraba mal, Fue al baño por primera vez y sintió como iba ligerillo. Cuando estaba metiéndose en la cabeza el polipasto, volvió a visitar al "señor Roca" y allá por las 7 de la mañana al toque de diana fue a por la tercera.

Una de las tragedias más terribles rondaba ya en los alrededores de Higinio.

De las faltas innumerables de las que el colegio era modelo era la falta de papel higiénico en los váteres, con lo que el pínfano tenía que hacer acopio de dicho material. Como depósito portátil y muy a mano se utilizaba la parte interior descosida de la pieza que formaba la parte superior que cubría los hombros de la chaquetilla del trapillo, por la parte de atrás terminaba en una costura y la parte delantera era a su vez la solapa de los bolsillos. De tal manera que si descosía por la parte interior la solapa del bolsillo podías introducir lo que fuere entre las dos telas de tal forma que todo aquel que fuese desprendido de hombros podía llegar a lucir una espalda digna de un jugador de "fútbol" americano.

Durante los fines de semana, en la corta salida del domingo, no había váter de bar, papel de seda o de textura más o menos suave, que no pasase a engrosar el almacén del pínfano y como la denominación de papel higiénico resultaba más bien "cursi" pasó a llamarse "papel para el pecho".

Bien, pues ahí hemos dejado al pobre Higinio en la terrible tragedia que se le avecinaba. A él no le preocupaba la colitis, extrañarle ya le extrañaba pues ir al váter es para echar algo y la máquina más perfecta de funcionamiento con el mínimo de consumo es un pínfano, eso si, lo poco que le echas lo aprovecha en un 100% por eso estaba muy mosqueado con lo que quisiera su cuerpo evacuar pero...

Lo terrible, lo horrendo, lo fatal es que con esta historia había disminuido enormemente su reserva de "papel para el pecho". Hoy venía el médico y desde luego esperaba que el remedio fuese rápido y eficaz. Había que ver al pobre Higinio cuando salía del botiquín con el remedio universal: dos bucofaríngeos.

Era maravilloso, llegabas con un dolor de cabeza, se echaba las gomas a las orejas te auscultaba y ¡hala! dos bucofaríngeos.

Te habías dado un bofetón de aúpa en el frontón y llegabas con una

muñeca inflamada, sin problemas, auscultación y dos bucofaríngeos.

¿Qué esperaba Higinio que le iba a recetar, arroz cocido y carne de membrillo? Nada, nada, todos lo mismo para que no hubiese favoritismos.

La verdad es que siempre creí que el médico nos confundía con los Niños Cantores de Viena, solo le preocupaban nuestros pulmones y nuestra garganta.

Cuando al pobre Higinio en su enésimo viaje al país de la taza y la cadena, sólo le quedaba como medio confeti para limpiarse, la sagrada providencia hizo que el mariachi, bendito donde los haya, estuviese leyendo el ABC. Higinio, pálido, con paso lento y vacilante (la verdad es que no se va muy rápido cuando tienes que andar apretando el culo) y poniendo en su voz toda la dulzura de que era capaz, le dijo al inspector:

- "Si ha leído ya ese periódico ¿podría dármelo?"

El interrogado, con cara sorprendida de que un pínfano se interesase por un mundo exterior a las tapias del colegio, preguntó a su vez:

- "Y usted señor Zarzoya ¿para qué quiere el ABC?"

Higinio como la cosa más normal respondió:

- "Lo necesito para el pecho".

Hacía no más de dos días que por la televisión habían echado un reportaje de una anterior vuelta del Tour en la que los ciclistas, al terminar de coronar un puerto, para parar el aire se metían papeles dentro de su camiseta.

Al oír aquellas palabras el mariachi y recordar el reportaje, a la vista de lo que veía enfrente de él casi con lágrimas en los ojos le pasó el periódico.

Higinio no tardó ni un segundo en desaparecer en el váter y durante aquella semana su culo fue el más informado de todo el colegio por pasar por él todas las noticias de interés nacional e internacional.

Lo curioso fue que a partir del día de la fecha el mariachi cada vez que veía a Higinio le preguntaba si tenía frío y le hacía abrocharse hasta el último botón de la camisa diciéndole con una voz aflautada:

- "Venga, venga señor Higinio que luego se le mete el frío en el cuerpo y se le pone muy mala cara."

Hace poco me enteré de que el Mariachi todavía vive con sus ochenta y largos años y que goza de una memoria envidiable. Me gustaría preguntarle si ya sabe lo que es "el papel para el pecho".

Para Navidades ahora con mis hijos nos regalamos lo típico en esas fechas envuelto en unos papeles de seda suaves, blancos inmaculados y que huelen maravillosamente. En mi casa aseguro que no falta el papel higiénico; pero cuánto hay de fetichismo, de morbo o simplemente de nostalgia, cuando

tomo las envolturas de los regalos y...

CAPITULO VII **HOY TENEMOS ARROZ CON LECHE**

La Irene depositó la bandeja del pollo con tomate en medio de la mesa de los cuatro comensales. Como siempre Higinio echó un vistazo e hizo la misma reflexión. Debía ser avestruz pues los trozos que se veían eran cuello y culo aunque, la verdad, flotaban varias piezas que podían ser apreciadas. Lo cierto es que el pollo podía ser apetecible pero el tomate lo mataba. Tenía un punto ácido que a veces recordaba el olor a la tinta de escribir.

El ritual se repetía: cuatro manos sacando dedos y por riguroso orden, empezando por la derecha, se iban escogiendo sin ningún pudor ni recato los mejores trozos para sí mismo. Era tal el vicio y la manía de " echar dedos" que se usaba hasta para elegir los montones de galletas que, en número de cinco, algunas veces nos daban de postre para cenar.

Higinio recordaba que le habían contado que ahí en la mesa que hay al lado del ventanuco por donde sale la comida, se sentaba su padre pínfano y que con los otros tres componentes de la mesa habían batido el récord de comer pelotas.

Contaban que el récord individual estaba en 30 y el de la mesa en 100. Pues bien, aquellos tragaldabas decidieron en complicidad con el resto del colegio en superar la prueba. De primer plato hubo sopa de fideos, el resto del colegio les decía que no comiesen para hacer más hueco, pero siguiendo la máxima pínfana "antes reventar que tirar" se comieron su ración.

Salieron la pelotas, 5 por cabeza; las suyas desaparecieron por encanto y empezaron a acudir a su mesa las bandejas con las renunciadas de los demás compañeros para hacer caer el récord.

¡Y cayó! Toma si cayó.

El récord individual quedó en 33 y el de la mesa pasó de 100 a 124. Los resultados públicos fueron:

Balmori	33
Faro	33
Pindao (Pichurri)	30
Guillén	28

Como muestra de chulería salieron del comedor comiéndose el bocadillo de la merienda. A partir de aquel día se les llamó " los insaciables".

Todo esto recordaba Higinio mientras devoraba sus piezas de pollo

cuando ¡sorpresa! de postre tenían arroz con leche. Este plato ya era costumbre comerlo hacia abajo. Era tal la consistencia que vuelto el plato se le clavaba la cucharilla de abajo a arriba y se sacaba hacia afuera. No sé el poder alimenticio de aquel cemento, pero nos llenaba el estómago y le daba una sensación de saciedad que duraba días.

Estaba en aquella faena cuando la primera pelotita de arroz con leche se pegó en el techo. A esa siguió otra y a esa otra. En el colmo, apareció una bolita pegada que le colgaba un muñequito de papel.

Todos los días un inspector comía con nosotros para vigilarnos y ese día estaba "el Calvo". Cuando vio semejante tropelía pidió culpables y como siempre nadie se presentó voluntario. Entre los elegidos Higinio, al paredón, o sea al despacho del "senor diretor". Gritos, palabrotas, promesas de expulsión etc., etc.... todo normal.

Todavía hoy se pregunta Higinio por qué no pasó nada, qué estrella divina les sacó del apuro. Algunos opinan que "Papá Villalba" tuvo algo que ver, o sea que la estrella divina tenía cuatro puntas.

A partir de aquel día hubo para comer lo de siempre: más avestruz, tiburones (sardinas así de pequeñas), filetes tímidos (los muy puñeteros se escondían debajo de una patata frita), tomatitos y lechuga en cantidades masivas, pelotas... hubo de todo pero el arroz con leche desapareció del menú.

Hoy Higinio recuerda aquellos días y muy especialmente cuando ve coliflor con patatas que recuerda a su amigo "el Hipo" (llamado así porque cuando le daba era capaz de estar tres horas dando unos hipos terribles que recordaban al grito del mambo de la Orquesta de Pérez Prado), el cual se metía un gran plato entre pecho y espalda, de los cuales estaba bien dotado, la ración de al menos seis y por la noche se ponía malísimo y daba unos ¡ayes! lastimeros tocándose una tripa enorme, hinchada y tirándose unos pedos que no dejaba dormir a nadie.

El otro día con sus cuarenta y siete años Higinio comió en casa de su hermano y a la hora de los postres su cuñada anunció:

- ¡Hoy tenemos arroz con leche!

Higinio se quedó mirando al plato, fijamente; y al rato ya no lo veía, estaba lejos, muy lejos, estaba a muchos años y veía rostros y oía voces y sus ojos se llenaron de lágrimas.

P. D. Esta historia que cuento en boca de Higinio podía haber sido escrita con nombres y apellidos reales, pero si una historia ha tenido más protagonistas que esta, creo que descontando el episodio histórico de los 100.000 hijos de San Luis, ninguna.

Debido a mi mala memoria he interrogado a más de 30 pínfanos y todos sin excepción tiraron pelotillas al techo y estuvieron en el despacho del "senor

diretor".

Ante la posibilidad de dejar a sus verdaderos héroes sin nombrar y poner alguno de clavo, cometo la argucia de ponerla en boca de este Higinio que es un poco yo y un poco todos.

CAPITULO VIII **LOS VIRUS**

Hay motes que caen por su propio peso y a lo largo de mi vida he oído algunos francamente buenos. Recuerdo de mis tiempos académicos de cadete aquel Teniente Coronel bajito y con cara muy arrugada, muy arrugada que le llamábamos "el Berberecho"; o aquel otro Comandante muy alto pero de espaldas estrechísimas y de culo enormemente gordo, conocido como "el Calisay".

Luego a la hora de poner los motes está la oportunidad.

Después de una semana a aquel Capitán no había manera de ponerle mote.

Llegó el sábado con su revista de taquillas y de policía; terminada y formada la compañía en el pasillo dijo:

- "No me gusta nada la tónica de la Compañía".

De 100 gargantas al unísono sonó como una sola voz.

- "¡EL SWEPPES!"

Bien, pues anterior a estos casos, en el CHOE el personal estaba inquieto. Se rumoreaba que en el colegio se iban a instalar los que estudiaban carreras civiles.

Los "uni" como se les empezó a llamar, eran aquellos pínfanos privilegiados que estudiaban en la universidad y tenían la gran suerte de.... no de comer en los establecimientos donde estudiaban, no a eso no. Todo el mundo sabe que el individuo que se alimenta de patatas toda su vida no echa en falta la langosta, puesto que no la conoce.

Tampoco tenían el privilegio de salir todos los días. No a eso tampoco. ¿Qué iba a hacer un pínfano con su libertad?, seguro que se pondría a recoger "pavas" por las calles como un loco o recogería de las papeleras toneladas y toneladas de "papel para el pecho".

Y que decir si todos los días tuviese que vestirse de paisano abandonando su cascarón, su intimidad, su tigre, su identidad. En una palabra, ¡su trapillo!

No, verdaderamente esos puntos no eran ventajas, lo auténtico, lo real, lo envidiado, el sueño, el privilegio de los privilegios, el sumun... ¡era ver tías

todos los días!, y como toda consideración al respecto me parece obvia o evidente, dejémoslo para otro momento.

Hemos dejado al resto del pinfanato pensando en lo que se les venía de nuevo al colegio cuando sonó la voz "del Calvo" que avisaba: "Todos a la sala de juegos, les va a hablar el señor diretor". Era tan bruto que estoy seguro de que hablar lo decía sin hache.

En tres filas nos... más o menos formaron y "el Zupo " nos largó la perorata que, como siempre en el mejor estilo castrense, fue precisa, concreta y escueta. (cuánto hubiese dado porque posteriormente algunos Generales, sin ir más lejos Iniesta, hubiesen hecho buenos en sus discursos estos tres conceptos y sobre todo el último).

- "A partir de la semana que viene se van a instalar en este colegio, los alumnos de carreras civiles, espero que el virus que lleva consigo la vida universitaria no os haga mella".

La suerte estaba echada, es algo así como decir: el mote estaba puesto... ¡LOS VIRUS!

El primer día que vi a uno... me esperaba que sería un ser cabezón, con gafas, hombros estrechos, muy cursi y que me iba a tratar con desprecio y janda la osa! era una fotocopia mía, más limpio eso sí, pero la verdad es que me sorprendió. Tan en la cabeza se me había metido aquello de los virus que yo mismo casi me defraudé.

Hace poco uno de mis hijos se puso enfermo y el médico sentenció que había sido un virus. No pude menos de sonreír y le comenté: " si en vez de un "virus" le ataca uno de preparación militar podría haber sido mucho más grave."

El médico me miró con cara de aspirino (en este caso me refiero al marido de la aspirina) y encogió los hombros.

Lo que no podemos olvidar nunca es que el virus, pese a todo, es un pínfano y como tal merece respeto y a él dirijo estas líneas.

Tú que naciste de una viuda
por lo que eres un pobre pinfanillo
no albergue tu alma ni una duda
de que somos hermanos de trapillo.
Lo normal es estudiar para cadete
y dejarse llevar por nuestros idus
¡pero no! tu libro de petete
decía que tenías que ser virus.
Recuerdo que la amistad es una joya
que el tiempo estropear no supo
y nos unen, la quiniela y "la poya"
el trapillo, "el Calvo" y hasta "el Zupo".

Por supuesto que se han dado casos de deserción que después de pasar por preparación militar terminaron de virus aunque esto no es una deserción pura, podríamos llamarla un cambio de chaqueta necesario.

CAPITULO IX ***EL HÉROE***

Los atacantes eran mayores en número y la cosa estaba muy fea. Aquella posición defendida por aquel puñado de regulares parecía destinada a ser aniquilada o rendida.

El jefe de aquel reducto estaba herido de un balazo en la rodilla izquierda, llevaban todo un día combatiendo pero por la cabeza de aquel capitán ni siquiera había pasado la idea de rendirse. Sus órdenes eran de aguantar a toda costa y aguantarían.

Al tercer día la rodilla tenía un aspecto muy feo; alguno de los regulares había dicho que, amparándose en la noche podían sacar a su Capitán y llevarlo a retaguardia. Al insinuárselo, aquel hombre pequeño se volvió un gigante y sacando su pistola avisó, que si se intentaba, se llevaba puesto al primero que lo tocara.

El Capitán aguantaba con un tosco vendaje y arrastrando su pierna recorría la posición, daba órdenes de tiro, repasaba la reserva de munición y granadas y daba ánimos a los heridos. Él dando ánimos, él que cuando nadie lo veía se cogía la rodilla y casi gritaba de dolor.

Cuánto daría por echarse a la boca un pitillo de picadura, de esos que con el cuarterón de la ración de combate, ese de un paquete verde, se hacen unos liados cargados y duros que como por arte de magia desaparecen en pocas chupadas en su boca.

Aguanta y calla y sólo se olvida de su dolor cuando el enemigo ataca y la adrenalina se sale a borbotones. Le han ordenado que aguante y aguantará.

Sus regulares le respetan y le admiran en una mezcla de amistad y orgullo de estar a las órdenes de un hombre que es capaz de aplicar la disciplina militar, y lo estaba demostrando, como de preocuparse por los problemas tanto castrenses como particulares de cada uno de sus soldados.

Había pasado una semana y cuando ya sólo quedaba prácticamente la munición de las recámaras, el comer era un recuerdo en el tiempo, las gangrenas el factor común de las heridas y lo único que alentaba a aquellos hombres era la postura inquebrantable de su Capitán, llegó su liberación. Su hazaña fue de boca en boca, el mando estudió el caso de aquel hombre, que cuando todo se puso en contra él supo cumplir como el mejor. Y no solo él si

no hacer que aquel puñado de soldados fuesen rocas clavadas en el suelo.

Como todas las mañanas, sentado en la mesa donde los inspectores comían, con un inseparable pitillo pegado a la boca y con una leve sonrisa, el Páter del Colegio de Huérfanos de Carabanchel Alto veía como se jugaban a los dedos su ración de galletas, pues él sólo se tomaba su café con leche. Era la única comida que hacía en el comedor, el resto del día la capilla y su cuarto eran su puesto.

El cuarto del Páter era el muro de las lamentaciones, el reducto de las confesiones, el lugar donde consolarse y encontrar una voz amiga que te reconfortase.

"¿Qué pasa maño?", era muchas veces el preámbulo de una conversación larga, tranquila, mitad confesión mitad cuchicheo, mitad sermón mitad penitencia, que te hacía salir de aquel cuarto con bríos y ganas de seguir adelante.

Hoy guardo en mi casa un retrato de mi padre pintado por él. Soy quizás el único que tenga un cuadro suyo y lo guardo como el tesoro que te ha donado alguien especial.

Escondido, muy escondido en un armario de madera oscura, había entre sotana y un clériman, un uniforme casi desteñido de Teniente Coronel de Regulares que en su pecho ostentaba la medalla militar individual. Estuvo a punto de ser laureada.

Para mí que de todo esto me enteré, no por sus labios, sino por casualidad y cuando ya estaba fuera del colegio, la laureada se me queda pequeña para premiar a aquel ser maravilloso, humilde, volcado a su tardía vocación, de una paciencia rayana en santidad que por lo menos a mí me hace sentirme bien el haberlo conocido y tener el orgullo de, en alguna ocasión, fui motivo de su atención.

Páter Luis Cuevas, allí donde estés, no te olvido, estás en mi corazón.

CAPITULO X

EL 716

¡Madre mía! La cantidad de veces que el pobre 716 habrá escuchado en más de mil versiones...

- "Este año tiene que ser último. Me tienes que echar una mano, yo te juro que si ingreso..."

Lo que son las casualidades, tengo un pariente que es el 692 que ahora trabaja en Iberia (o sea que no ingresó) y me contó la historia.

Debió ser por los aledaños del 60, año arriba o abajo. Visto desde la

perspectiva de nuestros años actuales podíamos decir la clásica frase de "cuando se hacían guardias con arcos y flechas" (lo de las flechas que cada uno lo tome como quiera).

En el CHOE el Coronel vestía de uniforme de los de las botas de montar, cuello cerrado y un buen puñado de medallas en el pecho.

Los inspectores eran ayudados por otros pínfanos que llevaban un galón en el pecho que se me antojan a los "capos" de los campos de concentración judíos.

Las ordenes dentro del colegio se regían por toques de trompeta, se hacía instrucción con mosquetones de madera y al que se portaba mal nada de dejarlo sin postre, al calabozo de cabeza.

En este ambiente idílico surgió la tragedia. Un pínfano cuyo nombre ha sido capaz de memorizar dio "el keo". Si su madre no se sana de una dolencia interna habrá un pínfano por partida doble.

El problema no está en la operación, sino en un medicamento o un tratamiento que vale 3.000 pesetas que hay que pedirlo al extranjero y que la asistencia farmacéutica militar no acoge, con lo cual todo el gasto ha de asumirlo la viuda.

La trompeta del Juicio Final ha sonado. Los pínfanos están en pie de guerra.

Todos los asuntos se posponen, acaba de quedar relegado a segundo término todo lo que no sea cómo encontrar dinero.

Se llamó al CHA (Colegio de Huérfanos de la Armada), al CHAPA (Colegio de Huérfanos de la Policía Armada) y a todos los C.H. del listín de Madrid.

Se organizan rifas, cuestaciones, venta de chatarra y cristales, consecuencia de esto desaparecieron 20 literas viejas del almacén con el consiguiente escándalo.

A la vuelta de un mes, delegados de los distintos colegios se reunieron.

Cuando hablo de delegados es curioso, pero siempre nos representamos en la mente al delegado como un tío serio, responsable, en fin resumiendo un "repipi". Pero claro, eso ocurre en la sociedad normal llena de normas estrictas y escritas. Entre pínfanos, es curioso, el delegado es un tío aclamado por la mayoría (la democracia es pínfana) que normalmente es un punto que está metido en todos los follones, jaleos, bullas, motines y mítines de los más variopintos objetivos.

Suele ser un buen deportista, un especialista en planchar problemas y chuletear exámenes que al final de su vida pínfana tiene solo dos salidas: o la A.G.M o algún puesto importante dentro de la vida pública o comercial, Iberia, Galerías Preciados, Pryca, I.B.M, jefe de galería en Alcalá Meco, etc.

Como decíamos, los delegados se reunieron con la recaudación total de 2.800 pesetas. Increíble, una vez más los pínfanos habían logrado otro milagro.

Por otro lado "la viuda" no se había estado quieta. No sabemos nosotros nada de lo que ha sido capaz cada una de nuestras madres para sacar a su prole adelante. Total, que llamada aquí y allá, suplicando, llorando y rogando, la viuda comunica a su retoño (angelito de 18 añitos, dulce animalillo del colegio de Santa Bárbara, o sea "un bárbaro") que después de un mes de peregrinar por oficinas, asociaciones, y congregaciones de carácter benéfico, ha conseguido reunir las dichas 3.000 pesetas.

Alegría, sorpresa, preocupación, deliberaciones y demás soluciones diversas.

Los delegados están perplejos. Imposible devolver el dinero. La contabilidad nunca ha sido un plato fuerte del pínfano.

Después de algunas soluciones la mar de curiosas quedan dos encima de la mesa.

O hacer una fiesta que ni los más viejos del lugar recordarán o hacer donación a alguien o a algo de aquella fortuna.

¡Increíble! Los pínfanos decidieron el adquirir un Santo Cristo, para la capilla del colegio, que recordara la epopeya de la postulación de los distintos C.H. en un objetivo noble.

Cuando el Cristo tomó posesión en la capilla, alguien apuntó:

- ¿Este es pínfano o aspirino?

El ser pínfano es tener el padre en "la Gloria", la solución era obvia. Era un pínfano.

Ahora bien, todo pínfano tiene su número.

Se habló con el director y afortunadamente no era "el Zupo" pues de serlo me imagino a dónde hubiesen ido la comisión del Cristo y hasta el mismo Cristo. Total que se miró la lista y había quedado en el 715.

Cristo, pínfano número 716.

No tiene ni sección ni dormitorio.

Por prerrogativa divina vivirá en la capilla.

A partir del día de la fecha está condenado a soportar todas las lloradas de sus compañeros de pinfanitis y a elevar a la superioridad todas la peticiones que se le hagan.

Como recompensa recibirá las cadeteras de los compañeros que ingresen.

Tres notas para el final:

- En la época que ocurrió esta historia una barra de pan costaba 5 pts.,

un litro de leche 10 pts., y un kilo de carne 20 pts. Una viuda de Comandante con tres hijos cobraba 1.123 pts. al mes.

-Pese a su enchufe, el 716 no ingresó.

-El pínfano 616, pasó a llamarse San José.

En fin, así me lo contaron y así lo cuento y si no fue así, mereció serlo.

CAPITULO XI **LA INMACULADA**

Tengo en mis manos un programa amarillento en forma de tríptico, adornado en su interior con una "estampa" de la Purísima Concepción de Murillo y relata lo que era el día más grande en la vida del Colegio.

Programa de fiestas que el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército de Carabanchel Alto dedica a su excelsa patrona María Inmaculada.

8 de Diciembre de 1966.

De esta forma rezaba en su portada. En el interior paso a relatar, ya comentado, lo que era y para mí sigue siéndolo pese a las influencias de El Corte Inglés el Día de la Madre, que para un pínfano como es natural y lógico pasa a titularse el Día de la Viuda.

DIA 7

Final de las competiciones deportivas. Balonmano, baloncesto, frontón y atletismo.

Si una persona ajena al colegio echase un vistazo a este programa pensaría que un mes antes los distintos equipos habrían hecho los octavos de final y después unos cuartos etc., etc.

¡Qué risa! Como podría hacerse eso sí sólo teníamos un equipo. Se formaba, se entrenaba y después retábamos a los de Carabanchel Bajo, víctimas propiciatorias y cómplices indirectos de nuestros triunfos.

Cómo podrían ganarnos si al marcar el campo de balonmano, con un palo sobre la tierra, claro, lo de la cal y el césped era para gente civilizada, cómo repito podían sólo intentar un "tet a tet" si su área siempre era menor que la nuestra. Lo curioso es que si protestaban se medían unas siete veces y siempre daba que eran iguales.

Como podían ellos saber las imperfecciones de los tableros de baloncesto que si tirabas normalmente no entraba el balón ni con vaselina.

Había que saber que el tablero pintado de rojo tenía el aro más duro que el pintado de azul y que este último si tirabas a la derecha del aro había un nudo en la madera de tablero que hacía que el balón bajase como una flecha.

Y qué hablar del frontón. Cómo competir con un zurdo que a ojos vistas tenía la parte derecha del cuerpo como "Rambo" y era su parte floja al lado de su izquierda. Cómo ganarle a un hombre que era el rey en que la pelota diese entre la pared y una canalera y cayese rebotando de una a otra posándose suavemente en el suelo del frontón. Hubiese sido imposible repetir la hazaña de hacer que la pelota rebote 12 veces en 12 tantos no en el suelo sino en la ventana de la izquierda o en las columnas de la pared derecha.

Para finalizar decir que cuando todo esto lo tenías controlado y corrías como un poseso a estos puntos, aquel malvado zurdo podía soltar un zambombazo que ponía la pelota a 30 metros del frontón, con lo cual la moral y por supuesto la fortaleza sufrían un poquito.

En fin, cómo un pobre pínfano del Bajo iba a ser rival del 1009, un tal Felipe García Gómez, el zurdo con más "Gómez" que he conocido.

Finales de atletismo.

Quién es capaz de conocer en un simple reconocimiento del terreno, dónde está el maldito hoyo que siempre que corres hace que te dé un tirón la pierna. Cómo apreciar que en la mitad del pasillo de salto de longitud hay un montículo que te hace perder el paso. Cómo saber que al soporte izquierdo de la barra de salto de altura le puedes pegar una patada, que el listón ni se inmuta. Cómo saber que el peso que lanzan los del Bajo y los del Alto no son iguales por que hay uno que está hueco.

En fin como se podrá deducir de estas pequeñas tropelías, los del Bajo subían a pasar la tarde, comerse un bocadillo y ver a sus hermanos mayores cómo se divertían con sus hermanos pequeños.

¡Ah! Una aclaración, aunque también era su patrona "las finales deportivas" nunca se celebraron en sus instalaciones.

Está claro.

Sigo el programa.

A las 18.00 horas: Final de la competición de los juegos de ping-pong y ajedrez.

Sería porque nunca me fijé, sería porque coincidían con el atletismo, la verdad es que no sé si se celebró nunca una competición de estos dos últimos juegos.

Estoy convencido de que cuando estas líneas caigan en manos de mis compañeros, seguro que me recordarán amigablemente (que Dios nos coja confesados) más de mil anécdotas que ahora mi mala memoria me niega. La visión de un pínfano pensante ante un tablero de ajedrez casa poco con la visión que tengo de nosotros mismos, pero...

¡Que suenen las fanfarrias, timbales y chirimías, todos en pie, el Himno

Nacional!

HA LLEGADO EL DÍA 8

Para empezar hoy nos vestiremos de personas. Dejaremos en la taquilla nuestro trapillo y nuestras sandalias y hasta nos pondremos calzoncillos limpios.

Somos así. Pasamos de la armadura y de las abarcas al algodón, al tisú y al cuero repujado. Es una forma muy elegante de decir pantalón vaquero y mocasines.

DIA 8

A las 8.00 horas	DESAYUNO
De 10:30 a 11:00	MISA DE COMUNIÓN
De 11:00 a 13:00	ENTREGA DE PREMIOS
De 13:00 a 14:00	SESIÓN DE CINE
De 13:00 a 14:00	CONCIERTO DEL QUINTETO DEL COLEGIO
A las 14:00	Comida bajo la presidencia del señor Coronel Director, con asistencia del profesorado y empleados del colegio

¡Dios mío! Cómo empezaba el día. Anunciando el desayuno, que en un apartado decía: minuta (siempre he pensado que esta palabra es muy pínfana pues debe llamarse así por el tiempo que a un choetano le dura la comida más copiosa del mundo en el plato).

Chocolate, vaso de leche, churros, mermelada y suizo.

Tan separados estábamos del mundanal ruido que hubo alguno que preguntó qué era el suizo. Las respuesta eran variopintas.

Desde que al ser mejor la leche la suiza por no repetir en el programa otro vaso de leche, con poner suizo se sobrentendía. Hasta hubo uno que dijo que durante el desayuno vendría Guillermo Tell a contarnos alguna batallita.

La verdad es que allí ponía "churros" y al menos nos comeríamos 2.

A las 10.30 horas misa de comunión. Qué pasa, ¿qué el resto de las misas no son de comunión...?

Después llegaba la entrega de premios donde a los ganadores de cualquier prueba de los días anteriores se les entregaba un sobre con dinerete.

En la capilla se cerraban mediante puertas o fuelles, el Altar Mayor y la capillita del 716, quedando un magnifico salón de actos que era el marco ideal para cualquier celebración. En ese marco excepcional se iban nombrando a los héroes que de uno en uno salían a recibir su óbolo.

Siempre dije que esa entrega de premios se podía celebrar antes de los juegos. ¿Quién iba a quitarle el premio de frontón a Felipe?, ¿y el correr en lo que fuera a Balmori?, ¿y si era a saltar a Juan Enrique García Sánchez (número 1148)? Así y todo el protocolo era el protocolo.

Yo me llevé un sobre que decía (el cual todavía guardo):

Al mejor deportista 50,- Pts.

Lo que se traduce que participé en todo y no gané nada.

Después de esto venía el cine que si he de ser sincero y como estaba en lo del quinteto que estaba a continuación, o sea más nervioso que un flan y dando y dando los últimos guitarrazos, no recuerdo la película que nos sacudían pero conociendo el percal apuesto por "La fiel Infantería", "Bienvenido Mister Marsall" o "Locura de amor" que todo podía ser.

A continuación lo del quinteto.

La verdad es que se traducía en una serie de actuaciones de todo tipo que tenían como núcleo central o plato fuerte al quinteto "músico-bocal" Promoción XXVI.

(Teníamos a un cantante con cierto aire de Elvis en sus movimientos, con su mandíbula ligeramente torcida y con su maravilloso carácter que llevaría un libro así de gordo hablar de él. Sólo diré que mi cariño por su persona me obligan a obviar todo lo que no sea anécdota por no ser yo en absoluto objetivo).

En plena actuación del conjunto Chiqui se contorsionaba al ritmo de la música y su cara reflejaba ese éxtasis que los músicos sienten dentro.

"El Zupo" en un alarde de displicencia (estábamos en el día de La Inmaculada) observó:

- Chiqui tiene que ir al botiquín, por la cara que pone y por lo que se retuerce debe tener úlcera o algo del estómago.

En fin la verdad es que el Teco-teco, Medina, Javier Cánovas, Chiqui y yo con unos medios más que discretos, conseguidos según supimos más tarde con el pecunio del Padre Cuevas, hacíamos aquellos ruidos que decían música, que cantábamos en italiano (macarrónico) que era lo que se llevaba y que nos quitó alguna hora de estudio obligatorio, lo cual se puede clasificar de milagro.

Y por fin LA COMIDA. Lo anterior y lo siguiente eran meras anécdotas, pajillas en el viento, pelusillas.

COMIDA

Entremeses	Queso, jamón, salchichón, aceitunas y vino
1 ^{er} plato	Consomé de pollo
2 ^o plato	Merluza con mayonesa y espárragos
3 ^{er} plato	Pollo asado con champiñón y ensalada
Bebidas	Vino tinto
Postres	Manzanas, plátanos, tarta helada, café, anís o coñac

Este menú era leído, releído, "memoriado", cantado y rezado desde los 10 días de antelación que era cuando nos entregaban los programas.

¡Pero lo habéis leído bien!

En los entremeses había hasta eso que llaman jamón. Pequeño, delgado, solitario, con más tocino que otra cosa pero ¡jamón! Y el vino, ¿que tenéis que decir del vino? La verdad es que no lo querría un pacifista. Lo digo porque más que peleón era un "boina verde cabreo" pero vino al fin.

Consomé de pollo, nada de avestruz, consomé y con la merluza mayonesa. Nada de mahonesa traída de Mahón, mayonesa fresca del año, hecha en Mayo, de ahí su nombre.

Y luego pollo y más vino y frutas y tarta fría (lo de helada, dadas nuestras instalaciones era difícil) y agua negra que llamaban café y licores. Total un derroche.

¡Ah! y nada de productos extranjeros, champiñón y coñac, que los "champignones" y el "cognac" son frivolidades y aquí somos muy españoles.

Total que todo esto que a cualquiera hubiese hecho quedarse como una boa a un pínfano todo esto se le podría dar a comer de nuevo a los 10 minutos de terminar.

Reza el programa que el día 9 a las 8.30 horas misa de difuntos en sufragio de los padres de los alumnos huérfanos, de los jefes, oficiales, profesores y alumnos fallecidos.

No tengo buena memoria pero no sería nada de extrañar que para poner orden en nuestros espíritus después de tanto desenfreno, nos nos metieran dos exámenes de 6 horas, uno de trigonometría espacial y otro de teoría de errores, pongo por caso.

Y otra vez a la rutina, Correa Morilla queriendo dar un parte de la Antonia que nunca dio, Molano chillando más que de costumbre, Navas haciendo de... de Navas y todos de vuelta a nuestras manías y ya casi oliendo a Navidad, que lo de oler a un pínfano siempre se nos ha dado muy bien.

CAPITULO XII

EXAMEN

Hace pocos días.

- Hijo, ¿hoy qué tenéis en el instituto?

- Nada importante. Un examen en forma de test. Media hora y a tomar el sol al parque.

Y se fue tan feliz al examen.

Hace algo más que unos pocos años.

- Mañana examen. El libro primero de Análisis matemático, 10 preguntas y 4 problemas.

¡Madre mía! (traducido a pínfano ¡la viuda!) 6 horas de sufrimiento, parto, estrujamiento cerebral y fumada de pavas en grado sumo. Y lo que más animaba era nuestra especial forma de test.

- Diga todo lo que sepa de las ecuaciones diofánticas.

Había auténticos artistas de unir la pregunta con el teorema de Pitágoras, con el triángulo de Tartaglia y la caída del imperio romano de Occidente, con lo cual llenaban folios y folios que a los pobrecillos que estábamos a su lado, que nuestros conocimientos y habilidades eran más bien escasillos nos daban un complejo tremendo.

- ¿Que se yo de ecuaciones diofánticas?

Si fuese de ecuaciones dio-fácticas o de ecuaciones pónticas. Para canciones fantásticas las de la tarde del Domingo con Angelines. Qué risa mas tonta le entró cuando le dije aquello de:

- Angelines se te ven los pirulines.

Y después... ¡Ah! Después cuando...

Señores, la trampa acaba de caer. Se impone un éxtasis transitorio en el cual el pínfano desaparece del lugar físico en el que está, para que su espíritu haga la traslación más absurda y más extraña por los lugares más fabulosos que seamos capaces de imaginar.

Si observamos su cara de cerca, veremos que no ve, escucharemos que no escucha. Sus pupilas están dilatadas, una cara de pánfilo y de lelo impronta

su cara. Está relajado, su respiración es lenta e incluso un poquillo de baba le puede caer de la comisura de sus labios.

A esta situación, a este viaje astral el pínfano le ha bautizado como "PENSADA".

Es el arma secreta del pínfano. Las cosas pueden ir mal, el que te habla puede ser un ladrillo tremendo, lo que estás viendo puede ser desagradable o traerte sin cuidado, entonces en ese mismo momento se impone "LA PENSADA".

Estoy convencido de que un ser psíquicamente invencible es un espía pínfano.

Me imagino a la C.I.A. o a la K.G.B. intentando sonsacar algo de dicho personaje y él a lo suyo. Físicamente está allí pero su espíritu... si ellos supieran.

- ¡Díganos cuáles son los planos de sus aliados!

El pínfano analiza.

- ¿Planos de aliados? Yo sí que me he liado con algunos planes... y para plan, el de Angelines "la de los pirulines", aquella que conocí cuando estaba en el CHOE. Recuerdo aquella tarde que... ¡Ah! y después cuando...

- ¡Háganos un examen analítico de la situación!

El pínfano analiza.

-¿Examen analítico? Qué sabrán estos de exámenes. Para exámenes analíticos y matemáticos los que nos clavaban en el CHOE. Seis horas seis. Recuerdo uno que nos preguntaban por la ecuaciones diofánticas que me metí una "PENSADA" CON ANGELINES "la de los pirulines" que... ¡Ah! y después cuando...

Total lo dicho. El espía pínfano terminaría con toda la paciencia, lógica y sabiduría de aquel que intentara sonsacarle lo que fuere.

Esta propiedad que parece en sus principios buena, es también un problema si no se sabe dominar. Sabido es que nuestro mundo está más lleno de cosas desagradables que buenas, bellas y bonitas (recordar aquello del valle de las lágrimas) con lo que corres el peligro de pasarte la vida en "UNA PENSADA" sin fin.

Sócrates dijo del hombre que era la medida de todas las cosas en tanto que piensa. Eso está bien para la normalidad de las personas pero para un pínfano no sé si vale la definición porque a saber que es en lo que piensa.

De todas maneras a Sócrates le tachan de pensador pero yo creo que jamás se pegó una "PENSADA" como Dios manda y menos con Angelines "la de los pirulines" aquella que una tarde yo le dije... ¡Ah! y después cuando...

Higinio como pínfano veterano de primer año de preparación militar aprendió.

¡Toma que si aprendió! Aprendió a hablar y pensar como un pínfano, a guardarse y racionarse sus papeles para el pecho y a fumar pavas y a tratar a los inspectores y no tratar al "Zupo" e ir capeando el temporal.

Lo cierto es que el examen fue un completo fracaso. Dibujos bien hechos sí que había, que un pínfano con un cordón de un zapato hace auténticas maravillas, rectas, circunferencias, ángulos y hasta una copia de la Maja de Goya si hubiese menester (la desnuda, se entiende).

Quién no recuerda aquella anécdota de Úbeda (10 67) en la pizarra con el capitán Lobo García. Este último tenía mil veces dicho que para trazar una circunferencia primero había que marcar el centro con un crucecita así de pequeña. Úbeda sin hacer dicho protocolo quiso trazar su circunferencia con el susodicho cordón de zapato.

Al ir a dibujarla el Lobo con aquella voz melodiosa, dulce y acariciadora donde las haya dijo:

-¡¡¡NO!!!

Volvió a intentar el dibujo cruzando los brazos de derecha a izquierda pensando que la cuestión era que saliera de un solo trazo. Lobo espetó de nuevo.

-¡¡¡NO!!!

Volvió el pínfano a retorcerse en su afán de que sus brazos hiciesen la circunferencia feliz.

-¡¡¡NO!!!, ¡¡¡NO!!!, ¡¡¡NO!!!

Con cara de desespero, con los brazos caídos y con su voz un poco gangosilla se volvió a Lobo y le dijo:

-Pero bueno... ¿ la pinto o no la pinto ?.

En Londres en el museo de los horrores hay una escena de figuras que representan los que pasó después...

Como podéis comprobar el autor de estas pobres líneas, este modesto escritor, pínfano al fin, en vez de hablar de un examen que era la cuestión de este capítulo, navega en las nubes, "PENSADA" dejándose transportar por los aires cual su fuese un ángel. Hablando de ángel, me acuerdo de una tal Angelines "la de los pirulines" que una tarde... ¡Ah! y después cuando...

CAPITULO XIII

A MODO DE EPILOGO

Como se pretendía en un principio, Higinio se ha transformado. Ya es un pínfano (¡casi ná... !).

A base de levantarse a las 7 de la mañana, vestirse de trapillo, usar sandalias con calcetines de lana, fumar pavas, aguantar a inspectores, comer arroz con leche, pelotas y tiburones y sobre todo estudiar. Estudiar hasta lo indecible, soñar con problemas, fichas de física, trigonometría espacial, análisis matemático, teoría de errores, geometría, etc, etc.

Higinio ha cambiado, a partir de ahora palabras como keo keo, Zupo, Choe, pínfano, pava, trapillo, quiniela o viuda tendrán otro significado distinto al de otra persona que no sea de su entorno.

-El virus que estaba con el 716 es un aspirino que utiliza las quinielas para papel para el pecho.

-¡Jo! ¡Que pegada! Su viuda es amiga de Catanga.

-¿Del Evidente o del Zupo?

-¡Keo-Keo! ¡El Cirineo!

Como muestra vale un botón.

Si a su manera de pensar nos referimos, el pínfano Higinio sólo tiene dos fijaciones, ingresar y mujeres.

“Siento en mi pecho
ostentar los cordones
de la Academia General Militar
cuando con ellos
me presente a mi madre (novia)
cómo voy a fardar”.

Lo de mi madre o mi novia depende del grado de nostalgia que padezca en ese momento.

Esperará con ansiedad la carta que recibirá la viuda días antes de los exámenes de la A.G.M. que le dirá de parte del Coronel Director aquello de: Su hijo Higinio tiene o no tiene posibilidades de ingreso, por lo que...

Y aquel telegrama postal de la jefatura de estudios de la A.G.M. que le comunicará qué día ha de presentarse a los exámenes.

Entre otras cosas le dirán "tiene que presentarse provisto de los efectos que a continuación se expresan":

Paso a citar textualmente:

"Efectos:

- Pluma estilográfica. Bolígrafo azul o negro.
- Regla del cálculo.
- Útiles de dibujo. Tablas de logaritmos (Graiño, Schton, Sánchez, Ramos o Gallet).
- Diccionario inglés o francés.
- Camiseta, pantalón de gimnasia y alpargatas."

Palabrita del Niño Jesús que ya teníamos zapatillas de deporte.

Total que tenemos a Higinio como un flan colocando la toalla todos los días al pie de su cama, durmiendo apenas, descansando apenas y comiendo apenas, esto último como siempre y como es natural. Está en el CHOE, ¿que se ha creído éste?

Pasará por la clásica crisis de que cada vez se acordará menos de las cosas, de quedarse con la mente en blanco, de que aquello que sabe de sobras no le vendrá a la cabeza, de... en fin qué os voy a contar que no sepáis ya.

Pasará por el almacén donde le sacudirán el uniforme azul con óvalos en las solapas con el emblema del ejército, corbata negra, zapatos negros y calcetines negros.

Entregará a falta de dos días para el viaje a Zaragoza los libros. Se los mirarán uno por uno a ver si los ha deteriorado, cosa que sí así fuese se los harían pagar y pasará por el almacén a entregar sus prendas que sufrirán la misma inspección.

Aparecerán por el colegio la lista de los oficiales y jefes que componen los distintos tribunales de la A.G.M. y los más veteranos del colegio irán diciendo aquello de.

- Pues este es una madre, pero este otro...

Es curioso pero es seguro que él tiene en el tribunal a las madres y los demás a los otros.

- El Martín Pérez ¡anda que no es majo ese tío! Tú le dices que eres del CHOE y te echa una mano en lo que sea.

Estos que hablan así hablan por boca de compañeros cadetes ya ingresados y que cuentan cómo les va en la Academia.

Esa es otra. Cuando un antiguo pínfano aparecía vestido de cadete en el colegio producía más revuelo, admiración, respeto y envidia que si un marciano hubiese aterrizado en la Cibeles.

- ¡Un cadete!, ¡un cadete!

Se le hacía corro, se le escuchaba, se le ofrecía de fumar (un cigarro, no

una pava) y se quedaba uno con una cara de pasmarote que se tardaba en reaccionar.

En el colegio podían aparecer alféreces, tenientes, capitanes o generales con mando en plaza, pero no, lo que organizaba el revuelo era el cadete. Aquellos angulitos maravillosos de la gorra y sobre todo aquellos cordones granate con unos clavos dorados dando destellos por doquier.

Después de aquellas visitas se imponía una pensada general.

Zaragoza. Primera visita y a falta del 716 a la Virgen del Pilar. Con fervor, devoción, súplica, lágrimas y miedos le pedíamos el ingreso.

Higinio no faltó a su cita a los pies de la Pilarica y cómo estaría que ni se enteró de la cagada de paloma que llevaba en el hombro derecho. A continuación a la pensión a darle al estudio. Después le llamaron para ir a Larfán, aquel sastre de la calle Don Jaime que te tomaba medidas para el uniforme en espera de si ingresabas o no. Siempre me pregunté cómo conseguían ellos las listas de los que ingresaban antes de que se publicasen en la mismísima Academia.

Y una mañana ¡hala!, a verle los "congojos" al caballo de Franco y a los tuyos no los busques en su sitio.

Higinio pasó bien el examen médico aunque se atascó con el trabalenguas aquel de:

-Tercer regimiento de Artillería Ligera de Montaña.

Por un momento pensó que lo echaban por tarta.

Pasó las pruebas físicas, ni que decir tiene.

Un tío que es capaz después de comer una fabada, pegarse un partido de béisbol con una pelota de frontón y por bate un palo de espaldera, vestido con el trapillo y en sandalias, le van a asustar las pruebas físicas de la Academia.

-Eso está chupao.

Lo malo empezó al día siguiente. Análisis matemático, teoría. De 8 de la mañana a 2 de la tarde. Bocadillo, paquete de cigarrillos y ¡hala! a parir.

Para salir al baño, aquellos ordenanzas que te acompañaban y te vigilaban y que tenías que hacerlo todo con la puerta del servicio abierta. Higinio en un momento en el baño pudo echarle una ojeada a sus chuletas pero justo llevaba la pregunta anterior y posterior. "Murphy" vencía de nuevo.

Al día siguiente sin solución de continuidad Análisis matemático, problemas.

De 8 de la mañana a 2 de la tarde.

Higinio como es natural a la vuelta de cada examen analizaba, comparaba, y recordaba lo que había puesto con las fichas y apuntes, alegrándosele la cara y arrugándosele el corazón.

Y así día tras día hasta acabar los exámenes. Ahora sólo quedaba esperar la comunicación de la Academia.

Por fin llegó el oficio del Ministerio del Ejército que rezaba:

Su hijo Higinio Zarzoya Tardón
ha sido designado para ocupar plaza
como alumno interno en el Colegio
de Huérfanos C. Alto, c/ Generalísimo
Franco, 21, Madrid, debiéndose atenerse,
a los efectos de incorporación, a la
instrucción que a continuación se menciona
Etc., etc., etc.

Higinio como es natural en el primer año no ingresó.

¡¡¡FALTARÍA MAS!!!